

Ateneo de Vitoria
Acta de la sesión
pública celebrada
en el teatro por el
Ateneo de Vitoria

ACTA

DE LA

SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EN EL TEATRO

POR EL

ATENEO DE VITORIA

DISCURSO Y COMPOSICIONES LEIDAS

EN LA NOCHE DEL 21 DE ABRIL DE 1893

EN CONMEMORACIÓN DEL ANIVERSARIO CCLXXVII DE LA MUERTE

DE

Miguel de Cervantes Saavedra



VITORIA
Imprenta de Domingo Sar
1893

ACTA

DE LA

SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EN EL TEATRO POR EL ATENEO DE VITORIA

EN LA NOCHE DEL 24 DE ABRIL DE 1893

EN CONMEMORACIÓN DEL ANIVERSARIO CCLXXVII DE LA MUERTE

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Acta de la sesión

Acordada en sesión de 3 Abril la celebración del CCLXXVII aniversario de la muerte de Cervantes el día 24 en atención á ser Domingo el 23 (fecha precisa del aniversario) y no poderse conseguir el Teatro en este último día, se encomendaron los detalles para su organización á los Señores Presidente y Secretario, quienes puestos de acuerdo con los elementos que juzgaron indispensables, publicaron el oportuno programa.

A las 9 de la noche de dicho día 24 se abrió la sesión por el Vice-Presidente D. Vicente G. de Echávarri leyendo á continuación el Secretario que suscribe el acta de la anterior y en seguida el capítulo XXII de la Primera parte del *Quijote*.

Concedida la palabra al ex-Presidente D. Julián Apraiz leyó el discurso que separadamente se inserta y con igual vénia del señor Presidente los Señores Alvero y Perez leyeron las poesías tituladas «Al Ateneo de Vitoria,» de D. Angel Alfaro y «Epístola festiva á Miguel Cervantes Saavedra» de D. Manuel Chalons, con lo que se terminó esta parte del Programa.

Representóse despues «El paso que pasó en el siglo XVII», escrito en un acto y en verso por D. Narciso Serra, y titulado

El loco de la güardilla

desempeñado por las Srtas. Valdivia y Timoner y los Sres. Augusto, Rausell, Martí, Sanchez Bort y Chaves, de la Compañía dirigida por D. Juan Colom.

A telón corrido, la brillante charanga del batallón cazadores de Estella, dirigida por el músico mayor de la misma D. Luis García, socio honorario del Ateneo, ejecutó la Rapsodia húngara de Listz y la Sardana de la ópera Garin ocupando nuevamente la Junta Directiva y demás señores, el Palco escénico, fueron leyendo prévia vénia del Presidente: D. Andrés Perez la composición «Miguel Cervantes» nota biográfica, fragmento inédito del libro en prensa,

Apuntes para la Historia de la Medicina por D. Luis Vega-Rey: D. Enrique Alvero la poesía á Cervantes de la que es autor: Don César Calle otras dos á Cervantes, una del Sr. Alfaro y otra suya: el Sr. Alvero otra á las Señoras y Señoritas que asistieron á la velada, original suya: D. Julián Apraiz otra del Dr. Calatraveño y el Sr. Perez la titulada Los Genios de D. B. Alcalde, todas las cuales van en su lugar respectivo.

Finalmente se puso en escena el entremés famoso, original de Miguel Cervantes Saavedra, refundido por D. Manuel de Foronda, titulado

Los habladores

desempeñado por la señora March, señorita Timoner y los señores Colom, Sanchez Bort, Martí y Chaves.

Con lo que se dió por terminada la velada.

La Junta Directiva de este Ateneo, en sesión celebrada el dia 27 del actual aprobó por unanimidad la propuesta del Presidente D. Ramón de Apraiz que dice así:

«Visto el extraordinario éxito obtenido en la velada del dia 24 conmemorando el CCLXXVII aniversario de la muerte de Cervantes, creo oportuno se reiteren las gracias á todos los que tan desinteresadamente cooperaron á la misma, dándoselas además á las autoridades civiles y militares que tanto contribuyeron al explendor del acto y muy especialmente á las últimas por su delicada atención de celebrar con un festival musical este mismo aniversario.

Por tanto debe manifestárseles por escrito á los Señores Excelentísimo General 2.° Cabo D. Basilio Augústin, Sr. Teniente Coronel del batallón cazadores de Estella D. Julio Gurrea, Músico mayor de la banda de dicho batallón D. Luis García y músicos á sus órdenes, D. Teodoro Iradier y demás arrendatarios del Teatro y D. Juan Colom y compañía por él dirigida, la satisfacción grandísima que el Ateneo ha recibido por su noble y generoso concurso, aprovechando al mismo tiempo esta ocasión, para felicitar calurosamente tanto á los actores como á los músicos por los merecidos triunfos obtenidos en el desempeño de sus respectivos cargos.

Así mismo debe hacerse extensivo este acuerdo en favor de D. Julián Apraiz, D. Enrique Alvero, D. Césat Calle, D. Benito E. Alcalde, D. Fernando Calatraveño, D. Luis Vega-Rey, D. Angel Alfaro y D. Manuel Chalons, cuyas notables producciones premió

con justicia el público tributándoles entusiastas aplausos. También la prensa local y de las provincias hermanas merece el agradecimiento de este Centro por sus interesantes revistas á propósito de la solemnidad, suplicándole dé cuenta al público de estas determinaciones.»

A cuyos acuerdos se dió inmediato cumplimiento.

De todo lo cual con el V.º B.º del Sr. Presidente certifico á 1.º de Mayo de 1893.

V.º B.º

El Presidente, *El Secretario,*

Ramón de Apraiz *F. E. Merino*

¿QUIEN FUÉ DON QUIJOTE?

DISCURSO

DE

Don Julián Apraiz



Señoras y Señores:

Todavía resuenan en nuestros oídos los ecos de los porfiadísimos debates sostenidos hace dos años, no solamente en las tertulias y círculos de recreo sino aun en la misma prensa, acerca de los verdaderos personajes que hayan podido servir de modelo al ilustre P. Coloma para bosquejar los que tan hábilmente presenta en sus justamente celebradas *Pequeñeces* (1). Y no ha sido óbice á estas discusiones el que con insistente energía asegurase el novelista que no había ningún retrato en su obra: cada cual se ha despachado á su gusto, y ha ido señalando los intencionados puntos de desemejanza que se observan entre los supuestos originales y sus reproducciones, para que así resultasen mejor sentados los parecidos.

No cabe duda, efectivamente, sino que en el armónico juego y enlace entre lo ideal y lo real, que sirven de laboratorio y de primeras materias para las obras de arte, va en éstas dejando el artista huellas indelebles de sus pasos por la vida; presentando con frecuencia en sus producciones rasgos más ó menos vigorosos, y más ó menos perceptibles según las distancias, de las personas de su cariño ó antipatías: fenómeno de compenetración muy digno á la verdad de ser tenido en cuenta por la buena crítica, con tal de

(1) «Uno de los grandes alicientes de la novela de V. es la colección de acertijos de que la suponen llena,» dice D. Juan Valera, por boca de *Currita Albornoz*, dirigiéndose *al P. Coloma* (Madrid, 1891, pág. 11).

que este factor se contenga dentro de los límites de una prudente sobriedad y parsimonia. Testimonios elocuentes de esta ley biológico-estética lo son, entre otros infinitos, los retratos de la bella Fornarina que contemplamos en los admirables cuadros rafaelinos la Transfiguración y el Pasmo, y la caricatura del mísero Blas de Ceseno, con que el mágico pincel de Miguel Angel ha perpetuado en la capilla Sixtina al envidioso Maestro de ceremonias, que viene desde entonces, y seguirá en los venideros siglos, figurando entre los condenados del maravilloso Juicio final.

Ni es achaque moderno el que gran número de cervantistas hayan consagrado su diligencia á escudriñar las analogías existentes entre muchas aventuras que se leen en las obras de Cervantes y sucesos reales en la época del autor ocurridos, y muy principalmente aquellos que le tuvieron, no ya como testigo, sino como actor y aun protagonista. Mucho se ha conseguido en este punto, si bien, en honor de la verdad sea dicho, no poco también se ha divagado, por exceso de sutilezas y alambicamientos. Ya en otra ocasión (1) tratamos de demostrar á este propósito, que si no puede negarse que Cervantes, como modelo de la buena escuela realista, es verdaderamente uno de los más curiosos documentos vivos que acreditan, justifican y confirman ese axioma estético de que antes hablábamos, merced al cual suele descubrirse a veces á los artistas á través de la forma sensible de sus producciones; tampoco era difícil rastrear sus aficiones y conocimientos clásicos en algunos asuntos de sus obras inmortales.

En las más de ellas, cuanto á lo primero, palpita algún pedazo del alma del que fué soldado heróico en Lepanto, intrépido cautivo en Argel, amante tierno en Esquivias, injustamente encarcelado en Sevilla y Valladolid, huérfano de verdadera protección y aun desvalido en sus legítimas aspiraciones á un empleo público en su edad madura; del varón generoso, noble, grato y honrado desde mozo hasta los umbrales de la eternidad. En *La española inglesa*, que está basada en un acontecimiento internacional de su tiempo, hace Cervantes el elogio de los padres redentores del orden de la Santísima Trinidad, á quienes debió su rescate de África; en *El amante liberal* hay algunos de los propios sucesos en la misma prisión ocurridos y algun recuerdo de su expedición á Chipre con la armada de Colonna; en *La Señora Cornelia* se reflejan impresiones

(1) *Las Novelas ejemplares*, Vitoria, 1882.

recibidas en Italia, al par que se confirman sus aficiones á las personas y cosas vascongadas (1); encierra indudablemente algún hecho por el novelista presenciado, la fábula de *La ilustre fregona*, cuyo teatro tan minuciosa como exáctamente describe (2); reune el autor, reproduciéndolos en *El celoso extremeño* y en *La tía fingida*, sus recuerdos de Salamanca; *La Gitanilla* y *Rinconete y Cortadillo* representan observaciones por él hechas en Sevilla; para su *Licenciado Vidriera* se sospecha si se tuvo á sí mismo presente ó al erudito y desgraciado Gaspar Barthio; no faltando quien haya pretendido adivinar los modelos de los cuatro personajes enfermos en el hospital de Valladolid, con quienes se cierra el admirable cuadro dialogado de los perros Cepión y Berganzo (3). Esto por lo que hace á las novelas ejemplares. En la comedia *El trato* (ó *Los tratos*) *de Argel* (4) y en la novelita *El cautivo*, engarzada en el *Quijote*, se entreven no pocos sucesos verdaderos ocurridos á la vista del desdichado Adán de los poetas, durante su largo cautiverio; figurando en este último episodio un Tal de Saavedra, apellido que lleva igualmente, en la comedia *El gallardo español*, un personaje que arde en amores por una Vozmediano (uno de los apellidos de la que después fué su esposa); traslúcense diáfanamente en el *Persiles* las tiernas simpatías del guerrero de las Terceras y Portugal hácia las cosas de este país (5), cuya explicación nos la darían palpable, si hubiese sido posible comprobarlos históricamente, sus sospechados amores con una dama portuguesa y el nacimiento como fruto de los mismos de su hija natural Isabel (6); en *El viaje del Parnaso* nos informa de su larga estada en Nápoles (7); y en fin, para no hacer interminable esta ya prolija enumeración autobiográfica, en la *Galatea*, en cuyo Prólogo confiesa el mismo nove-

(1) V. mi *Cervantes Vascófilo*. Vitoria, 1881.

(2) El Sr. D. Antonio Martín Gamero, cronista de Toledo, publicó en esta ciudad en 1869 un interesantísimo y razonado folleto cervántico, intitulado *Recuerdos de Toledo, sacados de las obras de Cervantes*, en el que demuestra cumplidamente lo que aseveramos en el texto.

(3) D. Eustaquio Fernández de Navarrete en su *Bosquejo histórico de la novela española*. Bib. AA. españoles, t. 33.

(4) En la jornada V habla expresamente *del fraile trinitario cristianísimo* Fr. Juan Gil, que fué quien le rescató.

(5) Entre otros pasajes, en el cap. 1.º del libro III.

(6) El Sr. Máinez considera una inconveniencia el hablar de estos amores y el señor Benjumea llega á suponer que esta D.ª Isabel no era hija de Cervantes. Documentos posteriores han acabado de confirmar que Isabel era hija natural de Cervantes y sigue en pie la hipótesis de los amores de éste en Portugal.

(7) «Esta ciudad es Nápoles la ilustre, que yo pisé sus rúas más de un año.» Cap. 8.º versos 25 y 55.

lista bucólico que muchos de los *disfrazados pastores* de la obra *lo eran solo en el nombre*, se transparenta su acendrada pasion amorosa por D.ª Catalina Palacios, y sus estrechas amistades con los poetas Hurtado de Mendoza, Figueroa, Laínez, Galvez de Montalvo, Ercilla, etc., etc (1).

En demostración, por otro lado, de que las fuentes clásicas no fueron despreciadas por este hijo del Renacimiento, aun reconociéndole como uno de los ingenios de más poderosas facultades inventivas, hacíamos también en el antes aludido folleto sobre las *Ejemplares* un escrupuloso y detenido paralelo entre *La fuerza de la sangre* y una comedia de Terencio; bien que no admitiésemos el sentir de algunos críticos de que nuestro incomparable prosista se inspirase para su *Coloquio* en *El asno* de Apuleyo. De su entusiasmo por emular al bizantino Heliodoro, él mismo nos habla en el Prólogo de sus Novelas, refiriéndose al *Persiles*, en uno de cuyos episodios no es muy aventurado hallar reminiscencias de Petronio y Apuleyo (2). Pero no será malo poner algún coto á este linaje de investigaciones, copiando esas juiciosas palabras del Sr. Menéndez Pelayo, en uno de sus primeros trabajos literarios(3): "Los que ven semejanzas entre las cosas menos parecidas afirman que Cervantes tuvo á la vista este pasaje (uno de Apuleyo en que un borracho riñe con tres odres de vino), al describir el combate de D. Quijote con los cueros de vino tinto que él creía furibundos gigantes. Por este procedimiento fácil es descubrir analogías. No ha faltado quien suponga que Cervantes imitó *El Banquete de Trimalción* en las *Bodas de Camacho*. Solo hay el ligerísimo inconveniente de estar impresa la segunda

(1) Con no menos ingenio que verosimilitud discurre (*Crónica de los cervantistas*, Octubre de 1871) el conspicuo cervantista D. José M.ª Asensio, que puesto que *La Galatea* se escribió algunos años antes de su publicación (en Portugal probablemente), según lo insinúa el propio vate en su Prólogo, aunque al darse la última mano á la égloga se acomodaron á la situación de Cervantes y Catalina los amores de Elicio y Galatea, no dejan de entreverse otras relaciones amorosas (muy mermadas y reducidas en la última corrección) entre los pastores Lauso y Silena. Pues bien, conjetura el Sr. Asensio, en nuestro sentir sin violencia alguna, que tal vez en un principio intituló el poeta su égloga *Silena* y no *Galatea*. Cervantes habla de haber escrito una *Filena*, de que no hay rastro alguno: ¿sería *Silena*, dice el Sr. Asensio?, y en tal caso Lauso podía representar ó haber representado primitivamente al mismo Cervantes y Silena á la dama portuguesa; cuanto más que en su romance predilecto *Los celos* vuelve el poeta á hablar de su querida *Silena*. ¿Tendría por ventura la madre de Isabel el mismo nombre que su hija, ya que Silena es casi anagrama de Isabel, y Belisa (otra pastora de la misma composición) lo es exactamente?

(2) V. mi discurso pronunciado en 1880 en solemnidad análoga á la actual en mis *Discursos y artículos*, t. I, Vacía 1880.

(3) Tesis doctoral *La novela entre los latinos*, Santander 1875, p. 51.

parte del *Quijote* unos cuarenta años antes de descubrirse en Dalmacia el fragmento del *Satyricon*, en que semejante banquete se describe.„

I

Entrando ahora á tratar exclusivamente de la obra más célebre del Príncipe de nuestros ingenios, comenzaremos por recordar que es ya sospecha añeja, no desechada en nuestros dias, la de que el *Quijote* es una sátira preñada de alusiones á elevadísimos personajes. En tal concepto se han reputado como el blanco de semejantes encubiertas invectivas ora el poderoso duque de Lerma, ora el de Medina Sidonia, ora el mismo de Béjar, ora el mando del de Osuna en Nápoles; viendo algunos representado en D. Quijote á Lope de Vega, al caballero manchego D. Rodrigo Sotomayor ó al dominico Blanco de Paz, y suponiendo otros dirigidos los dardos de Cervantes ya contra el Tribunal de la Inquisición, ya contra la imperial majestad de Carlos V.

No hay para qué nos entretengamos en desvanecer tan estupendas suposiciones, que recaen en su mayor parte sobre individuos sinceramente queridos ó admirados por el esclarecido hijo de la gran Compluto. Negar empero que el *Quijote* es en primer término una sátira profunda y admirable, desde el Prólogo hasta el fin, de casos y cosas de su siglo, fuera negar lo evidente. Unas apreciaciones críticas, claras y terminantes y otras alusiones más recónditas para nosotros, produjéronle á su autor en aquellos dias enemistades, pullas y ataques, cuyo mayor estallido se manifestó en el atrevidísimo desahogo del *Quijote* de Tarragona, debido á una vigorosa pluma, completamente desconocida en la actualidad, y probablemente no del todo descubierta ni aun para el mismo Cervantes (1).

El primero que andando los tiempos condensó esta vaga y confusa tradición de las alusiones quijotescas fué el ilustre artillero D. Vicente de los Rios, quien en su *Vida de Cervantes*, impresa en

(1) Las opiniones actuales fluctúan entre Fr. Luis de Aliaga, Lope de Vega y el autor de *La pícara Justina*. Aunque Cervantes parece inclinarse al primero lo probable es que el tal Avellaneda no sea ninguno de los tres.

1780, hace la peregrina afirmación de que su mismo biografiado había publicado en forma anónima cierto librito denominado *El Buscapié*, en el que á más de una crítica del *Quijote* se daba una especie de clave para la debida inteligencia de ciertas recónditas intencionadas alusiones; añadiendo el diligente biógrafo que un señor Ruidíaz había leído recientemente un ejemplar del misterioso opúsculo. Mas las observaciones de D. Juan Antonio Pellicer, Don Martín Fernández de Navarrete y D. Diego Clemencín, aun dejando á salvo la buena fé histórica de Ríos, dieron completamente al traste con semejante especie; y aunque á mediados del presente siglo publicó D. Adolfo de Castro el supuesto *Buscapié* del autor del *Quijote*, la contundente impugnación de Ticknor, en su *Historia de la literatura española* (edición castellana), ha dejado las cosas en el mismo estado de carencia de noticias auténticas acerca del tal librejo atribuido á Cervantes (1).

Una tesis no menos peregrina é inadmisible han sostenido en estos últimos años dos conspícuos y eminentes cervantistas, los señores Díaz de Benjumea y León Máinez: la de que el *Quijote* es una verdadera autobiografía de su autor y por ende una sincera y completa apoteosis del idealismo representado por el protagonista manchego, á pesar de su carácter aparentemente ridículo. Al oponer nosotros una rotunda negativa á tales sistemáticos prejuicios, aceptamos en todas sus partes, no considerando del caso el extractarlas aquí, las sensatas, atinadas y discretísimas observaciones impugnativas de D. Juan Valera y el malogrado D. Manuel de la Revilla (2).

Dejando por esto mismo á un lado la inagotable tarea de descubrir alegorías, símbolos y todo linaje de sentidos esotéricos en el *Quijote*; mas sin tratar de mermar á tan portentosa creación ni una tilde siquiera del alto sentido que el veredicto de todos los tiempos y de todos los hombres cultos le ha asignado; vamos sencillamente á entretener nuestra curiosidad, procurando investigar y descubrir cuál es el verdadero documento humano, como ahora se dice en la técnica naturalista, cuál es, en términos más vulgares, el personaje

(1) Uno de nuestros más gallardos y sabios escritores contemporáneos, D. Aureliano Fernández Guerra, ha disertado con asombrosa bizarría y verdadero derroche de ingenio por el campo de las conjeturas más aventuradas, tratando de encontrar alusiones en pasajes del Quijote, y principalmente en su capítulo XVIII. V. mi *Cervantes Vascófilo*.

(2) *Estudios críticos* de Valera, tomo 2.º, Madrid, 1864. *Obras de Revilla* edición póstuma, Madrid, 1883.

de carne y hueso que se oculta bajo la figura del hidalgo manchego. Y queremos insistir más y más, antes de seguir adelante, en nuestra protesta de que de esta investigación no pretendemos ni queremos sacar consecuencia de ningún género, y mucho menos de carácter exclusivo y mezquino; pues entendemos con la casi totalidad de los críticos que, aparte los detalles copiados del natural, el plan general de los sucesos y aventuras del famoso caballero manchego son completamente imaginarios é hijos de la indiscutible inventiva de Cervantes y de su fin superior y único de poner en ridículo, como él insistentemente lo manifiesta, los libros de caballerías tan en boga en su tiempo. Esta disertación, ya de suyo baladí por la insignificancia de su autor, es de bajo vuelo por la pobreza del asunto y ajena completamente de sentidos esotéricos.

II

Lo primero que ocurre preguntar aquí es lo siguiente: ¿dado que el nuevo caballero andante del siglo XVI no tiene ningún antecedente histórico, tradicional ni legendario, siendo como es hijo del entendimiento de Cervantes, esa figura y ese nombre son una verdadera invención, ó más bien una derivación de algunos otros?

Datos confusos nos suministra el mismo novelista, dejándose llevar de su propia genialidad zumbona y festiva, que han producido un verdadero extravío de pista á casi todos los comentadores. Tomaremos por guía para este punto de partida á un cervantófilo eminentísimo, quizás de los menos dados á dejarse llevar de imaginarias lucubraciones y hasta nimiamente apegado á la letra cervántica, aunque demasiado afecto á perfiles retóricos en sus infinitas y minuciosas enmiendas y correcciones quijotescas: nos referimos á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien no copiaremos textualmente en todas sus observaciones á este propósito, contentándonos con resumirlas fiel y legalmente.

Después de ir señalando este ilustre académico, en sus «1633 notas á la primera edición del *Quijote*» (Barcelona, 1874), las veces

que en la Primera Parte nos dice Cervantes que su héroe se llamaba *Quijada*, *Quesada*, *Quejana* ó *Quijana*, y después de calificar de loco delirante á D. Quijote en una ocasión en que manifestó que procedía en línea recta de varón del valiente Gutierre *Quijada*; al comentar el último capítulo de la Segunda Parte encuentra el escoliasta que son cinco veces las que el autor aplica a D. Quijote el nombre de *Alonso Quijano*; y concluye así su nota 1630: «Es pues el apellido QUIJANO el que más figura en el *Quijote* como verdadero sobrenombre del héroe; y colocado al fin del libro, donde se halla el testamento y última voluntad del Alonso, parece que expresa también la última voluntad del autor, que pudo tener sus motivos para haber llamado á D. Quijote, en la Primera Parte, Quejana, Quijana y Quijada, y abandonarlos después» (1).

En otra extensa disertación del mismo volumen, intitulada *Conclusión*, discurre largamente el anotador acerca del origen del nombre *Quijote*, suponiendo que viene más bien que de Quijano del sustantivo *queja*, pues aunque D. Quijote no era quejumbroso, ó quejón ó quejicoso, como familiarmente se dice, lo sería el D. Quijote real, «á quien luego disfrazaría Cervantes con atributos que trocasen el retrato en figura inventada.» Ese D. Quijote real aventúrase Hartzenbusch á sospechar que sería..... el Fénix de los ingenios fray Félix Lope de Vega, á quien también crée se alude en un personaje de *La ilustre fregona* y aun en un pasaje de los comienzos del capítulo IV del *Viaje del Parnaso*.

Aunque la mejor contestación que pudiéramos oponer á estas desacertadas disquisiciones fuera exponer desde luego nuestra opinión en la materia, el riguroso método dialéctico que venimos siguiendo de ir desechando cuantas teorías se oponen de cerca ó de lejos á la que en definitiva hemos de presentar, nos impulsa á refutar desde luego al inspirado autor de *Los amantes de Teruel*.

Es evidentísimo para mí que Cervantes no se proponía informarnos del verdadero nombre de pila, alcurnia, ni pueblo natal de su héroe, pues solo con mil salvedades y reservas le apellidó en toda la primera parte Quijada, aunque jugando del vocablo y equívocos paranomásticos de Quesada (queso) y Quijana ó Quejana

(1) El erudito Presidente de la Española en el siglo pasado presbítero D. Ramón Cabrera opinaba que pudo muy bien representar D. Quijote un original verdadero y que en tal caso este tal, disimulado en la Primera parte de la obra, apareció con su verdadero nombre de Quijano en la Segunda, por haber muerto ya para entonces el aludido. V. Clemencín, t. VI, págs. 136-151. Lo cierto es que el apellido Quijano es el universalmente aceptado.

(quejumbroso) (1). Y en un momento de entusiasmo, no de desvarío como pretende D. Juan Eugenio, muy de veras, y en nuestro concepto con toda cordura y conocimiento de causa, contendiendo con el canónigo toledano, nos asegura el propio D. Quijote que descendía del valiente caballero Gutierre de Quijada (2.) Pero cuando más entretenido y engolfado se hallaba Cervantes en escribir su segundo volumen, satisfecho del éxito asombroso con que en toda Europa había sido acogido su *Ingenioso hidalgo*, cátate que á deshora cae en sus manos un segundo tomo apócrifo, compuesto por un supuesto Fernández de Avellaneda, y montando en cólera el pacífico Miguel, aunque guardando cierta sobriedad y comedimiento verdaderamente magnánimos, no dejó de fustigar al falso quijotista desde su capítulo 59, en que sin duda le tomó la noticia, hasta los últimos renglones de la obra, amén del Prólogo y aun la dedicatoria. Ahora bien, uno de los mayores empeños de Cervantes en este justísimo desquite fué ir desmintiendo todas cuantas especies relacionadas con su plan se leían en el *Quijote* (*se dicente*) de Tordesillas, hasta tal punto que no quedó títere con cabeza de cuantas afirmaciones en él se hacen ó aventuras se narran, por muy congruentes que sean con el primer tomo. Sirvan de prueba los pasajes siguientes: Protestan enérgicamente D. Quijote y Sancho Panza de que á la mujer de éste (Teresa Cascajo) la llame el tordesillesco Mari-Gutierrez, y lo califican por lo mismo de mal historiador (3), sin querer acordarse el propio Cervantes de que al principio de su obra la denominó él también Marí-Gutierrez, y aun Juana Gutierrez durante toda la primera parte. Por idéntico presupuesto de hacer figurar Avellaneda á D. Quijote en unas justas de Zaragoza, desistió el manchego legítimo de acudir á dicha ciudad, cuyo camino llevaba en toda la 1.ª parte, "á fin de sacar así á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno„ (4), desentendiéndose nuestro autor de que él mismo había dado ya por realizada, al terminar su Primera Parte, la tal expedición á Zaragoza. Otros contrastes exprofeso y adrede entre ambos *Quijotes*: el falso es encerrado en

(1) «Quieren decir que tenia el sobrenombre de *Quijada* ó *Quesada*; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que *se llamaba Quejana*.» (Fólio 1.º vuelto de la 1.ª edición: en la 2.ª y 3.ª, también de Madrid, 1605 y 1608, dice ..... *se llamaba Quijana*.) «Que sin duda se debia llamar *Quijada*, y no *Quesada*, como otros quieren decir.» (Fólio 3, vuelto.)

(2) «Gutierre *Quijada*, de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón.» (Fólio 290, casi al fin de la primera página.)

(3) Segunda Parte, cap. LIX, fol. 227.

(4) Id. id., fol. 228 recto y vuelto.

una casa de locos, bien que anunciándose una tercera expedición por Zamora y otras ciudades castellanas, y el legítimo muere sano de espíritu (circunstancia muy aplaudida por Morejón y todos los alienistas), imposibilitando á Avellaneda que "le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la vieja, haciéndole salir de la fuesa"... (1), en cambio la sobrina y el ama del héroe fallecen en el primer capítulo del *Quijote* de Tarragona, y quedan con salud para llorar luengos años á su tío y señor en la obra del cisne del Henares (2). Pasemos aquí por alto, para recogerlos con mayor oportunidad más adelante, los dimes y diretes de los dos *Quijotes* referentes á su verdadera patria y ocupémonos desde luego en quitar toda fuerza al apellido Quijano, restableciendo en definitiva el verdadero estado civil del nunca bastante ponderado caballero andante.

Si dejando á un lado todas las burlas anteriores con que el legítimo padre del hidalgo manchego hostigó al usurpador aragonés? de la quijotesca historia, queremos deducir consecuencias serias y formales, ¿qué valor, si no es el contraproducente, vamos á dar á las palabras con que Cervantes impugna á Avellaneda, con quien como llevamos dicho no quiso transigir en nada?

Bastó, efectivamente, el que este misterioso escritor diese repetidísimas veces á D. Quijote el mismo sobrenombre de Quijada, anteponiéndole en alguna ocasión el nombre de Martín, para que el irritado Cervantes le cambiase al fin de la obra el apellido llamándole Quijano, y le pusiese delante el nombre de Alonso, que como luego demostraremos era efectivamente el verdadero. Pero todo con el único y exclusivo objeto de contrariar á su menguado imitador. Y hé aquí la causa de la equivocación de todos los co-

(1) Id. Ultimo capítulo, al fin.

(2) Una de las cosas que más indignan en el *Quijote* del enmascarado Avellaneda, á vueltas de las injurias que vomita contra el nobilísimo soldado, es el amenazarle y refocilarse de antemano con quitarle las ganancias legítimas de su obra. Pues bien, Cervantes, por boca de Sansón y de Sancho, asegura efectivamente que *más por el interés y el dinero que le produzca que por otra alabanza alguna* continuará su historia (capítulo IV). Es muy posible que Avellaneda conociese este pasaje, siendo como debía ser conocido de Cervantes. El censor Marquez Torres en su delicadísimo elogio de Cervantes que va al frente de la primera edición de 1615, después de asegurar que aquél era pobre, hace decir á un caballero francés «si necesidad le ha de obligar a escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.» A pesar de todo, la nativa y digna altivez del viejo hidalgo ya se burla donosamente (basándose en dos chistosísimos cuentos) de semejantes pretensiones de Avellaneda de ganar fama y dineros, ya le opone, como hombre siempre agradecido, á la ganancia que le quite con su libro, la liberalidad del Conde de Lemos y del Arzobispo de Toledo (V. el Prólogo). Una vez más, según se ve, ataca y contradice Cervantes á su miserable detractor.

mentadores del *Quijote*, que tomando en serio este desenfado de Cervantes han creido en una rectificación seria del *Quijada* por el *Quijano*, apellido que casi todos ellos le suponen.

En otro error incurre el Sr. Hartzenbuch al sospechar que Lope tenga algo que ver con el hidalgo manchego: bien que no nos atrevemos á asegurar que vaya descaminado aquel insigne cervantista en todos sus ingeniosísimos rebuscos de alusiones parciales que pudieron enderezarse á dicho personaje en diferentes pasajes de la obra. Y no había sido menor el desacierto cometido por el mismo bondadosísimo sabio cuando algunos años atrás (1), tratando de corroborar una tradición existente en Argamasilla de que bajo la figura de D. Quijote se ocultaba un D. Rodrigo Pacheco y Sotomayor gran enemigo de Cervantes, según noticias de allí, nos informaba de que en el retablo de la parroquia de dicha villa se destacaba un retrato *que se dice ser de D. Rodrigo* con una inscripción en que se consigna que aquel caballero tenía *en el celebro una gran frialdad que se le cuajó dentro*, lo cual en cierto modo recuerda la locura de D. Quijote.

¿Pero está siquiera probado que este personaje novelesco fuese, como pretenden casi todos los cervantistas, natural de Argamasilla de Alba? Las razones que para esta afirmación se alegan son las siguientes: Lo próximo que estaba aquel *lugar de la Mancha*, pátria del héroe, al campo de Montiel y no distante del Toboso; la justa fama de sus excelentes bellotas, circunstancias que concurren en Argamasilla (aun dejando á un lado todo lo de las tradiciones locales); y el haber sido académicos de dicha villa los que le compusieron epitafios, con más la terminante afirmación de Avellaneda, que podia estar más en el secreto de ciertas alusiones. Contestación. No pudo ni quiso Cervantes puntualizar á modo de charada ó geroglífico circunstancias matemáticas para el descubrimiento y adivinación de la aldea en que vivía D. Quijote, primero: porque manifestó más de una vez su propósito de que se lo disputasen todos los pueblecitos manchegos, y segundo por que, como luego más extensamente diremos, tratando únicamente de alejar á su héroe de su verdadero punto de nacimiento, de ningún modo quería señalar otro: además, lo de las bellotas es muy común en toda la región y lo de los académicos nada prueba, pues aparte de que ellos mismos dedicaron otros versos á Dulcinea, que era del Toboso, no

(1) Edición de Argamasilla hecha por Rivadeneyra (1863)

hubieran tampoco dejado de insinuar algo acerca de que había nacido ó espirado en aquel mismo pueblo el ilustre muerto objeto del epitafio. Sin este detalle nada dicen en pró de la patria de D. Quijote los versos de los académicos argamasillescos: desapareciendo por tanto completamente la fuerza del argumento que combatimos.

Demás de esto, hay dos consideraciones que han venido dándose fuerza mútua en el siglo pasado en este particular. Son á saber: el haberse engendrado el *Quijote* en una carcel, según palabras de su propio padre, venía á corroborar las tradiciones de Argamasilla de haber padecido allí larga prisión Cervantes; y este mismo encarcelamiento explicaba á su vez perfectamente las palabras del autor en su Prólogo. Pero es el caso que este verdadero círculo vicioso ha quedado destruído desde el momento en que merced á nuevos y fehacientes documentos se han venido á seguir casi paso á paso los del desdichado alcabalero en Andalucía, en los últimos años de la décima sexta centuria, llenando casi todo el lapso que las conjeturas de los biógrafos cervantinos procuraban llenar en otro tiempo con las tradiciones manchegas. Mas habiendo sido éstas vigorosamente combatidas en nuestros dias por los señores Máinez y Benjumea, utilizando importantes documentos compulsados por Navarrete, no queda ya de la supuesta prisión de Cervantes en el lugar nuevo de Argamasilla otro valor que el referirse á alguno de los otros dos Miguel de Cervantes, algo más jóvenes que el de Alcalá, como son el de Alcázar y Consuegra. Queda, sin embargo, en pié una dificultad. ¿Por qué Cervantes, que en tantas ocasiones habla vagamente de la pátria de sus personajes, como cuando hace al Capitán cautivo natural *de un lugar de las montañas de León*, hablando en la narración de Cardenio de *una de las mejores ciudades* y *de lo mejor de Andalucía*, diciendo en el cuento de Clara que D. Luis era natural del reino de Aragón, etc., etc., comienza su magna obra *no queriendo acordarse de cierto lugar de la Mancha*?

No á una mera genialidad ó desenfado, como sienten Benjumea y Máinez, hay que atribuir esta intencionadísima expresion, sino á algún motivo verdaderamente hondo y racional, como luego veremos; pero pasando por ahora de corrido esta cuestión de la pátria de D. Quijote, ya que con nuestra solución se hará innecesario el apurar los ápices, y dado que el más ilustre paladín de Argamasilla (dejando en respetuoso silencio á la Academia Española) en sus pretensiones de haber mecido la cuna del ingenioso hidalgo, reconoce que solo apoyan esta conjetura *una série de indicios, que no*

carecen de fuerza, mientras mejores razones no la destruyan (1), convendremos con este mismo respetable escritor y con otros muchos que en esta materia se ocupan, en que el libérrimo y fantástico capricho de Cervantes hizo adrede imposible la labor de concordar los tiempos y muchos de los lugares de su fábula (2).

III

Ya que el mayor número de los cervantistas, por no decir todos ellos, están contestes en que el espíritu observador del gran prosista alcaláino tomó del natural á su caballero andante del siglo XVI; ya que hemos rechazado de plano (y en esta opinión no somos solos) (3) el sobrenombre Quijano, y una vez que hemos procurado desvirtuar la opinión de que D. Quijote era natural de Argamasilla; entremos por fin á declarar resueltamente, según nuestro leal saber y entender, cuál es el verdadero estado civil de D. Quijote, ó sea su nombre de pila, alcurnia ó apellido y punto de

(1) El insigne D. Fermín Caballero, que es á quien se alude en el texto, trató esta cuestión en 1840 en su folleto *Pericia Geográfica de Cervantes*, que fué inmediatamente traducido al francés; y rompió nuevamente lanzas sobre la verdadera patria de D. Quijote en 1872, en la *Crónica de los cervantistas*, principalmente al impugnar á un señor D. Fabian Hernandez, que reivindicaba para la aldea de Villaverde, hoy destruida, el haber sido la cuna del famoso manchego.

(2) Contradicciones voluntarias de Cervantes respecto al misterioso lugar de la Mancha: al fin del primer capítulo ese lugar está cerca del Toboso, en el VIII de la Segunda parte tarda D. Quijote para ir á caballo desde su aldea al dicho Toboso 24 horas justas (ya que no 48 interpretando de otro modo el pasaje), y sabido es que Argamasilla dista del Toboso siete leguas, que no es ni tan cerca ni tan lejos. Si en la primera salida resulta próxima dicha aldea al campo de Montiel, en la segunda ya no está tan clara esta proximidad. Nosotros, siendo lógicos con una consideración antes presentada, no podemos aplicar como argumento en nuestro favor la opinión final de Cervantes sobre la pátria de D. Quijote, ya que tampoco hemos aceptado la modificación de su apellido, pero lo que sí corroboran esas palabras es la negativa de que ni Argamasilla ni ningún otro pueblo manchego tenga derechos especiales que alegar para el caso. Recuérdese que dice así con su festivo humor habitual, pero contestando indirectamente á su detractor: «Este fin tuvo el ingenioso hidalgo..., *cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente*, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijarsele y tenersele por suyo...»

(3) El Sr. León Mainez, á quien se alude, se decide por llamarle siempre Quijana en su edición gaditana (1876-1879).

naturaleza y residencia, si no compulsando su partida de bautismo (1), utilizando al menos otros fehacientes documentos.

Así como hace ya bastantes años hice yo una expedición desde Madrid á Alcalá de Henares, para satisfacer la curiosidad de examinar la pila y partida bautismales de Cervantes y ver los parajes por él recorridos durante su infancia; ocurrióseme del mismo modo, en uno de los últimos calurosos días de Junio de 1891, el aprovechar análoga estada en la corte para visitar á Esquivias (2), primer pueblo de la provincia de Toledo, en donde aquel peregrino ingenio casó y estuvo más ó menos tiempo avecindado. Después de haber visto algunas curiosidades de la villa, como sus iglesias, una carta auténtica de Santa Teresa, unas momias muy notables, sus buenas bodegas, la casa donde vivió Cervantes, su firma puesta al pié de la escritura dotal que dió á luz por vez primera Pellicer en 1800, la partida bautismal de su esposa y la matrimonial, etc. etc.; preguntóme de repente mi amable *cicerone* el laborioso cervantista Don Víctor García ex-Alcalde del pueblo: ¿ahora querrá V. ver también la firma de D. Quijote? Diez y seis ó diez y siete años hacía que yo tenía noticia circunstanciada de todo lo referente á este asunto en que me estoy ocupando, por haberlo leido en la *Crónica de los Cervantistas* dirigida por el Sr. León Mainez y aun en la biografía de Cervantes debida al mismo señor, á la cabeza de su edición gaditana (1876-79); pero la verdad es que no habiéndole dado la crítica ninguna importancia en su día, lo tenía á la sazón completamente olvidado. Así es que todo sorprendido y un tanto mohino contesté: ¿Me va V. á hacer creer ahora, Sr. García, que ha existido Don Quijote, como se cuenta de ciertos académicos franceses de tiempos pasados que enviaron una comisión á España para que se hiciese cargo de los puntos por donde anduvo el pastor Grisóstomo, tomando al pié de la letra su existencia y aventuras? —Y tanto como que existió D. Quijote, replicó mi interlocutor: yo nada le podré decir á V. respecto á ese tan enamorado pastor, que en la misma obra figura; pero lo que sí puedo asegurarle es que D. Quijote era un vecino de Esquivias. ¿No recuerda V. el principio de la obra de

(1) No solo no podemos avalorar este trabajo con el aludido documento, si que tampoco puntualizar ni revestir con citas auténticas otros detalles que siguen, para evitar desconfianzas ó reparos, porque de un lado nos lo impide la precipitación con que hemos escrito este discurso y la premura con que para su impresión nos lo pide la Junta directiva del Ateneo, y de otro porque lo consideramos desde luego como de poco momento.

(2) En la comedia *La cueva de Salamanca* alaba el poeta los vinos de Esquivias, así como menciona, á más, sus ilustres linajes en el Prólogo del *Persiles*

Cervántes?—Precisamente porque lo sé de memoria, contesté yo, es por lo que debo argüir á V. que D. Quijote no pudo ser de Esquivias, porque Cervantes nos asegura que era manchego y la opinión común lo hace natural de Argamasilla de Alba.—Enteróme muy pormenor entonces mi ilustrado acompañante de que se cree que la Mancha llegó en otro tiempo hasta aquel pueblo; de que Cervantes al ir á vistas ante su novia, había sido muy mal recibido por varios parientes de ésta, que le tuvieron encerrado en una casa (la que yo había visto) con una espesa verja de hierro, que allí fué donde compuso la 1.ª Parte del *Quijote*; que un tío de su futura, de los más hostiles, se llamaba Alonso de Quijada, y en fin, me invitó á que viese su propia firma al pié de una Escritura original obrante en el mismo protocolo que la dotal anteriormente examinada (1). En resolución, impresionado por la fuerza de la verdad, que entra más honda cuanto más cerca la tengamos, y después de irme batiendo en retirada, acabé por hacer el razonamiento que sigue, dejando á un lado la forma dialogada por enojosa, y suprimiendo todos aquellos detalles que á mí no me parecieron aceptables ó que por lo menos no encontraba suficientemente comprobados.

Según la tradición constantemente seguida de padres á hijos en Esquivias, y corroborada en lo esencial con los dos solemnes documentos públicos de que se ha hecho mérito, la familia de Cervantes (de Alcalá) y los Palacios (de Esquivias) tenían estrechas relaciones, hasta el punto de que la madre de D.ª Catalina fué albacea del padre de Cervantes, que murió mientras la estancia del hijo en Argel. Terminado el cautiverio de éste y las expediciones militares subsiguientes, y recogida al fin la que en términos modernos podemos decir licencia absoluta, pidió Cervantes la mano de la bella y discreta Catalina, de quien era correspondido; mas se opusieron tenazmente á estas relaciones el padre de la novia D. Fernando de Salazar y Vozmediano (que murió muy pronto) y un primo de la madre de Catalina llamado Alonso Quijada y Salazar, por considerarse ellos muy linajudos y acomodados, cuando el buen Adán de los poetas era simple hidalgo y lo que es peor pobre. Verificóse á pesar de todo el matrimonio en 1584, casándolos otro tío de Catali-

(1) Por cierto que el tal documento, que si la memoria no me es infiel representa un contrato de venta de tierras, otorgado por Alonso de Quijada hacia 1580, me trajo involuntariamente á la memoria la siguiente frase que con referencia á él se estampa en el primer capítulo: «llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer.»

na, el cura de Esquivias D. Juan Palacios, padrino á más de su sobrina, y otorgando Cervantes la oportuna carta de dote dos años después. Las enemistades ó por lo menos, la frialdad de relaciones entre ambas familias continuaron hasta el punto de que el autor del *Quijote* (que dicen se comenzó á escribir entonces) (1) hubo de trasladar su residencia á Madrid, donde ganó su pan haciendo representar sus comedias y sin tocar al patrimonio de su esposa.

Mas como el tiempo todo lo trae y lo lleva, se cree que la familia de Quijada se reconcilió con la de Cervantes, acaso por mediación del cura Palacios (2); lo que sí es cierto que D.ª Catalina fué la principal heredera de éste y debió ser también legataria de los Quijadas y quizás quizás del mismo Alonso, de quien no hay noticia de que fuese casado; pero lo indudable es que cuando aquella, ya viuda, testó en Madrid, once días antes de su muerte y diez años después de la de su marido, á 29 de Octubre de 1626, ante Alonso de Valencia, legó todos sus bienes á los Quijadas de Esquivias, quienes han venido poseyéndolos, incluso la famosa casa, hasta fines del siglo pasado, en que falleció el último Quijada, ayo que había sido del príncipe Fernando (después 7.º rey de su nombre).

Ahora bien, habiendo pensado Cervantes escribir una novela contra los libros de caballería, con el fin de poner en ridículo á los caballeros andantes, ideó crear un personaje loco aunque de buena índole, que intentase realizar aquellas desatinadas aventuras, y encontrando en la familia de su mujer aquel tío que tan mala voluntad le había mostrado y que tal vez tuviese todas ó las más de las cualidades de D. Quijote, sirvióle este sugeto de modelo y punto de partida para su obra. Lo cierto es que le puso su mismo nombre y apellido, cosa que el sentido común nos evidencia que ni pudo ser casual, ni de ningún modo la hubiera hecho Cervantes á no tener intención de aludirle y zaherirle; y si cambió ú oscureció el autor á propósito la circunstancia de lugar fué porque esto se hace siempre para que no resulte verdadero ensañamiento y por

(1) Los muchos cervantistas que van desechando las antiguas fábulas argamasillescas conjeturan que la carcel á que se refiere Cervantes en su Prólogo es la de Sevilla, y la fecha en 1597. D. Tomás González, Fernandez Guerra, D. A. y Máinez entre otros.

(2) Tal vez si la serie de nuestros razonamientos no marra aquí pudiéramos entender que el discreto cura del pueblo misterioso (no vemos con Clemencín que haya burla en decir que estaba graduado en Sigüenza) sea este mismo Palacios su protector, siquiera por estas palabras que aquel dice al fin del capítulo VI. «Muchos años hace que es gran amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas *versado* en desdichas que en *versos*.» Frase tierna que brota del corazon, y no es de burlas.

respetos á su esposa: así como jugó con el vocablo Quijana ó Quejana aludiendo á sus quejas y recriminaciones: ya se ha explicado que el nombre de Quijano era una protesta exclusiva contra Avellaneda, y que es por tanto una prueba completamente destituida de fundamento el alegarlo como voluntad de Cervantes (1).

Pero si éste no quiso certificar acerca del verdadero nombre y apellido de su héroe, sino que en la primera parte nos da solo su propio sobrenombre y en la segunda, alterándolo por la razón dicha, sacó á plaza el verdadero nombre de pila, Alonso, juntólos sí, como á la distraida, en más de una ocasión en el primer tomo. En el capítulo V, al encontrar un labrador á D. Quijote molido á palos en medio de un camino, le dijo: "Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy D. Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mántua, sino Pedro Alonso su vecino: ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del Sr. *Quijada* (2)." Análoga coincidencia del nombre ocurre en el cap. 19, en la aventura del cuerpo muerto, al derribar D. Quijote al bachiller *Alonso* Lopez: decidiéndose por fin Cervantes á soltar al final de su obra el nombre que tanto tiempo estuvo en las puntas de su pluma, al ver que el quijotista plagiario, lo usaba para sí al cubrirse con el pseudónimo de *Alonso* Fernández de Avellaneda.

Dos palabras más respecto á la patria de D. Quijote. De ningún modo nos atreveremos nosotros á negar (aun haciendo caso omiso de todas las tradiciones manchegas) que Cervantes conocía palmo á palmo toda la alta Mancha y el famoso campo de Montiel, y sabia por consiguiente que todo el mundo había de entender más que por los datos que él mismo suministraba por la afirmación de Avellaneda (3) que la aldea nativa de D. Quijote era Argamasilla: pero á él le importaba poco este extravio, proponiéndose por el contrario

---

(1) Aunque la respetabilidad del Notario y Ayuntamiento de Esquivias garantizan suficientemente la legitimidad de la Escritura de venta otorgada por Alonso Quijada, es obvio que si se hubiese querido cometer cualquier ligereza ó superchería por alguien no hubiera puesto en la firma *Quijada* sino *Quijano*, pues aunque tengo idea de que el ilustrado Sr. García ha hablado algo de esto en la *Crónica de los Cervantistas* (solo tengo á la vista algunos números sueltos, tan desapercibido me encuentro) es casi seguro que no se le habían ocurrido mis mismos razonamientos para la demostración de que D. *Quijote* de la Mancha es el *Quijada* de Esquivias.

(2) Así ha prevalecido este pasaje, de conformidad con la 2.ª y 3.ª edicion siendo así que en la primera se lee *Quijana*. Exactamente lo mismo sucede un poco antes le llama el labrador *Quijana* en la 1.ª edicion y *Quijada* en la 2.ª y 3.ª Es de advertir que es opinion comun que estas tres ediciones fueron corregidas por el autor.

(3) Para Revilla esta es la razón mas poderosa y también para Navarrete D. Martin

oscurecer solamente la verdadera patria, siendo indudable para nosotros que mentalmente se refería á Esquivias, donde tanto había padecido su amor propio, con la frase "de cuyo nombre no quiero acordarme..."

Por no aumentar desmesuradamente esta ya prolija disertación, cuyo principal y casi único objeto es hablar del nombre y patria de D. Quijote, no decimos nada acerca de los motivos que pudiese tener Cervantes para poner en ridículo á Argamasilla y el Toboso, considerando á más á los manchegos como "gente avalentonada de los de Cristo me lleve, llevando ellos el amor á mogicones.. (1).

Solo alegaremos, como última consideración corroborativa de nuestra tesis, que en el soneto del paniaguado académico de la Argamasilla se asegura que D. Quijote pisó á pié y cansado *el herboso campo de Aranjuez*, el cual está como es sabido mucho más próximo á Esquivias que á Argamasilla, y como de esta expedición á Aranjuez no se da cuenta en la novela, este debe de ser un indicio referente al verdadero Alonso de Quijada antes de ser armado caballero.

Nada de todo lo dicho quita ni pone una tilde siquiera, volvemos á insistir de nuevo, á la alta significación que la crítica tiene reconocida á la figura y representación del Ingenioso hidalgo de la Mancha. No creemos, pues, que nos alcancen de ninguna manera los temores de Revilla y Máinez (2) de que se empequeñezca y rebaje la grande obra cervantina con la mezquina suposición de que los resentimientos personales creasen los personajes de su fábula. Como muy bien distingue el primero de dichos críticos una es la causa ocasional y otra la causa eficiente. Alonso de Quijada no fué la causa de ninguna manera de que el manco de Lepanto escribiese su mejor obra; mas puesto á cumplir su propósito, sirviéronle de ocasión propicia las circunstancias que concurrían en el caballero de Esquivias y los perjuicios que las preocupaciones caballerescas de éste le ocasionaron, para tratar de poner más y más en aborrecimiento las lecturas favoritas del buen Quijada. Con mucha razón distingue además el Sr. Revilla el doble

(1) «La tía fingida».

(2) Lo verdaderamente chocante es que este diligentísimo biógrafo de Cervantes, único á mi entender que ha tenido presentes gran parte de los datos que nos han dictado las conclusiones de este trabajo, haya sido víctima de una completa ofuscación, envuelto en sus prejuicios sistemáticos de que es Cervantes quien se identifica, á quien representa aquel gallardo carácter (el de D. Quijote), de quien es vivo y acabado retrato, es de su historiador, es de Cervantes, negando por tanto que tenga nada que ver el hidalgo manchego con el caballero de Esquivias, sólo por el mezquino hecho (añade) de haberse opuesto á su casamiento en 1584).

concepto del *Quijote* (el libro), que llama *histórico*, donairoso, cómico, satírico, debelador contra los libros de caballerías y contra la misma caballería andantesca, y el *Quijote* que llama *eterno*, profundamente filosófico y con aquel superior altísimo alcance que tienen las obras del genio, aun independientemente del objeto propuesto por el mismo creador.

IV

En conclusión y resumen. Todos los comentadores, fundándose legítimamente en los muchos pasajes de las obras cervantescas basados en hechos reales, han metido su hoz en el campo de la investigación acerca de cuál documento humano pudo fundirse en el siglo XVI en el crisol de la inventiva de Cervantes, para producir el popularísimo y eterno tipo del nunca como se debe ponderado hidalgo manchego, cada vez más aplaudido por el mundo civilizado. Unos han supuesto que este personaje representaba la caricatura del gran emperador Carlos V, otros que ridiculizaba á alguno de los poderosos duques contemporáneos del autor, ó á Lope de Vega, ó á Blanco de Paz ó á algún caballero manchego; algunos han creído que lejos de ser D. Quijote ninguna caricatura era un tipo serio que representaba nada menos que á su propio padre, aunque este lo considerase como hijastro. Mi tarea se ha encaminado á probaros, siguiendo la tradición oral y documentos públicos de Esquivias, y añadiendo alguna espiga de mi cosecha, que D. Quijote de la Mancha, *mutatis mutandis*, era la idealización del buen hidalgo, vecino de aquel pueblo, Alonso Quijada y Salazar, contra quien tuvo que luchar Cervantes en 1584 para conseguir la mano de la interesante Catalina Palacios. Dos palabras y concluyo.

Cuando hace veinte y dos meses ojeé las dos Escrituras tantas veces citadas esta noche y ví en ellas las respectivas firmas de Cervantes y de Quijada; y cuando al regreso á Madrid iba meditando en que aquellos mismos caminos que divisaba yo desde el tren habían sido tantas veces recorridos á caballo por el desvalido escritor, siendo la última pocos días antes de su cristiana muerte (1); al acos-

(1) V. el Prólogo del *Persiles*.

tarme desvelado en mi domicilio por la noche, pensando y revolviendo en mi imaginación todos los pensamientos que durante el día habían agitado mi espíritu, quedéme al fin dormido en agitadísimos ensueños. De repente volví á encontrarme en la escribanía ó archivo de los protocolos de Esquivias; pero en vez de rodearme las honradas personas de por la mañana, acompañábanme entonces el propio Miguel de Cervantes, Alonso Quijada, Sancho Panza y el cura Pero Pérez (para mí D. Juan Palacios); en segundo término el barbero Nicolás, el bachiller Sansón Carrasco y la sobrina de Quijada (prima por afinidad de Cervantes), y en el fondo de la habitación el ama de llaves, el mozo de campo y plaza, el labrador Pedro Alonso y el escribano; por la puerta entreabierta asomaban Dulcinea, Ricote el morisco y Tomé Cecial y en el patio se divisaba Sanchica con algunos muchachos y chicuelos de la aldea; los más de aquellos personajes ostentaban la misma pintoresca indumentaria con que aparecen en las oleografías y grabados de la magnífica edición de Barcelona, no ha mucho tiempo ilustrada por el gran artista Balaca. Sobre todo á Quijada ó D. Quijote lo veía perfectísimamente. Su edad frisaba en los cincuenta años, era alto de estatura, de complexión recia, seco y avellanado de carnes, enjuto de rostro, los bigotes grandes y corridos, formando cruz con la perilla; su traje consistía en gregüescos ó calzones cortos, medias verdes (1) y jubon de camuza; adornaba su cabeza el yelmo de Mambrino (es decir la famosa bacía); llevaba botas de camino con las espuelas calzadas, cuello sencillo ó valona sin almidón y sin randas; su vieja espada pendía dentro de un tahalí de lobos marinos; el un guante lo tenía puesto y el otro descalzado en la diestra, como quien acababa de estampar su firma; y á cuestas lucía el mantón de escarlata regalo de los duques. Mirándome de hito en hito, con sus grandes ojos de loco pacífico, con gentil talante y voz hueca, reposada y acompasada, díjome aquestas palabras:

"Magüer, Sr. mio, que el sabio encantador de mi sobrino, á quien ha tocado ser coronista de mi verdadera cuanto peregrina historia, al sacar á la luz del mundo mis grandes fechos y valerosas fazañas, ha torcido, por ser tan mi enemigo, del camino de la verdad, andándose con escuridades sobre mi antiguo nombre y verdadera patria, sepa vuesa merced, seor vizcaíno, que yo soy natural

(1) El amenísimo y consumado cervantista Sr. Pardo de Figueroa (Dr. Thebussen) ha escrito un opúsculo sobre la afición de Cervantes al color verde, que de seguro será tan interesante como todos sus admirables y brillantes escritos.

de la villa de Esquivias, y si mi apellido de guerra ha quedado por los siglos de los siglos inmortalizado al par del de Cervantes, también estampado va en esa Escritura para perpétua memoria el nombre que usé en la escuridad de mi aldea. Enderezad, pues, ese entuerto ante las academias de vuestra culta Victoria, y decid de paso á D. Sancho de Azpeitia, cuando para Vizcaya partáis.........

Atento y aun atónito y absorto escuchaba pendiente de los labios de D. Quijote, dispuesto y decidido á cumplir cuantos asuntos me encomendase, cuando la camarera del piso, anunciándome el desayuno, deshizo el encanto, interrumpiendo y cortando tan sabrosa plática. Mas yo desde aquel mismo instante propúseme, como lo hago aquí esta noche, declarar con toda solemnidad y á la faz del mundo el verdadero nombre y patria de D. Quijote que son, á saber: Alonso de Quijada y Salazar, natural y vecino de Esquivias, lugar célebre por sus vinos, por sus linajes y por haber sido el nido de los amores santificados por el lazo conyugal, *del manco sano, del famoso todo y finalmente del regocijo de las musas*, cuyo aniversario de muerte conmemora una vez más nuestro Ateneo vitoriano.

He dicho.

NOTA BIOGRÁFICA

Y

POESÍAS

Miguel de Cervantes Saavedra

(Nota biográfica)

Fragmento inédito de un libro en prensa

. . . .

Extraño parecerá seguramente que entre las presentes notas biográficas inserte el nombre del esclarecido ingenio de España, que ha merecido el título de *Príncipe de los ingenios*, como justo tributo á su maravilloso talento, que le ha hecho acreedor á la inmortalidad de que goza, sin que tres siglos la hayan disminuido en un ápice.

Aunque no trato de bosquejar, ni aun ligeramente, ninguno de los notables hechos de su vida, tan generalmente conocida, incluyo su nombre en este humilde trabajo en atención á haberlo ejecutado distinguidos escritores de Bibliografía médica.

Dichos autores, y entre ellos el Sr. Morejón en su *Historia de la Medicina Española*, consideran á Cervantes como médico y profundo observador alienista, por la original descripción del estraño caso de locura que describe en el principal personaje de su inmortal libro, que puede considerarse, con muy ligeras variantes, como la historia perpétua de la Humanidad en el pasado, el presente y el porvenir.

Aunque Cervantes, por su natural talento, su notable perspicacia, su maravillosa retentiva, y sobre todo, por la excesiva afición que él mismo confiesa tener á la lectura, pudo ver muchos libros y adquirir nociones de varias ciencias, que supo traer á cuento y aplicar con mucha oportunidad en varios pasajes de su imperecedera novela, no creo que pretendiera hacer, de propio intento, un estudio y exposición del caso de enajenación mental de que supone poseído á su héroe.

Varias son las opiniones que desde la aparición del libro hasta

nuestros días se han emitido acerca del objeto que Cervantes se propuso al escribir su *D. Quijote*, y hoy es el momento en que aun no han llegado á ponerse de completo acuerdo los críticos y los comentadores, no obstante que todos convienen en que no fué su único fin desterrar la extravagante y hasta perniciosa lectura de los disparatados *Libros de caballerías*. No era preciso emplear tanto tesoro de talento y tanto caudal de erudicion como el libro revela, para ridiculizar y desterrar un uso que hubieran destruido al fin la reflexión y el buen gusto.

Con efecto, hoy ya no se estilan libros de Caballerías, ni apenas se conocen, y si aun existe algun raro ejemplar, dudo haya quien se atreviera á leerlo; y sin embargo, el libro, escrito al parecer contra aquellos, goza el privilegio de no envejecer: se lee con gusto, y cada vez que se hojea, parece leerse una obra nueva, encontrando en élla lances, peripecias y consideraciones que están en consonancia con las costumbres, usos y ridiculeces de la época moderna.

Por eso, en mi humilde parecer, considero el *D. Quijote* como una historia burlesca de la Humanidad; y como esta es inmutable en el fondo y en la esencia, variando solo en la forma y en los accidentes, de aquí el perpétuo entusiasmo que inspira y la aplicación que del libro puede hacerse á todos los tiempos y circunstancias.

Considerada con detenido y filosófico exámen la referida y admirable concepción, parece imposible que, á pesar del sorprendente ingenio de su autor, sea obra de un hombre y obedezca á un plan concebido y meditado de antemano. Parece más que un libro inspirado por una revelación superior, por una intuición maravillosa, como algunas, aunque muy contadas, brillantes y siempre jóvenes producciones que han brotado de la imaginación de sus autores, sin que éstos hayan podido comprender ni explicar la razón de haberlas escrito.

Los que han considerado á Cervantes como observador y expositor, por ciencia adquirida ó infusa, de los diferentes casos y caractéres de la enagenación mental, hacen notar á los alienistas modernos que á los géneros de locura pacífica ó normal, llamémosla así, ya conocidos y estudiados, hay que agregar uno nuevo, que pudiera denominarse *locura contagiosa*, tan perfectamente descrita en la que al ingenioso hidalgo dominaba.

La influencia de la monomanía que aqueja al héroe ó protago-

nista del libro se extiende y domina á las personas que se hallan relacionadas con él, ó que accidentalmente le tratan: y hasta muchos de los personajes que figuran entre los varios episodios intercalados en la narración, se hallan dominados, en mayor ó menor grado, de su especie de locura. Citaré algunos ejemplos, porque consignarlos todos sería empresa larga, aunque no molesta y digna de un libro bastante extenso. El socarrón y ambicioso Sancho, aunque dotado de natural criterio y excelente *gramática parda*, llega á tomar por verdades los razonados delirios de su amo: espera confiado el cumplimiento de las promesas que le han de llevar á la prospéridad y á la buena y descansada vida, ideal perpétuo de la Humanidad, en que todos sueñan y tan pocos realizan y hasta se persuade de ser cierto el encanto de Dulcinea inventado por él mismo: y luego, por un momento, se figura ser gobernador cierto y efectivo de la ínsula, y administra justicia y dicta órdenes como si realmente lo fuera, hasta que las fatigas, las privaciones y el ningún producto del gobierno le despiertan de su sueño. Sancho es el tipo perfecto de la monomanía de grandezas, que tantos estragos causa á los individuos en particular y colectivamente á las sociedades. El pastor Crisóstomo, muerto de amor á causa de los desdenes de la hermosa Marcela, es un ejemplar de la manía erótica, que llega á su período álgido y extravía su razón, impidiéndole reflexionar que corre tras el ideal imposible de someter la voluntad de otra monomaníaca, que renunciando hasta los impulsos de la Naturaleza, y desconociendo la misión sublime de la mujer, deja las comodidades de su casa y se divierte en correr por los campos apacentando sus ovejas.

Anselmo, el *curioso impertinente*, es un loco pacífico, atacado de la peligrosa manía de querer sujetar á indiscreta prueba la honradez y fidelidad de su esposa. Cardenio, loco con intérvalos lúcidos, padece una manía persecutoria, producida por la idea fija de la traición del que creía su amigo y por la defección de su amada: y Dorotea, abandonada y burlada por el libertino Fernando, también experimenta una alteración de sus facultades mentales, que la obliga á huir de casa de su padre en disfraz poco conveniente, sin saber por qué lo hace, sin objeto fijo y exponiéndose á correr todo género de peligros, de insultos y privaciones. El cura y el barbero, y el bachiller Sansón Carrasco, aunque guiados por la buena intención de atraer á D. Quijote al camino de la cordura, caen también en la especie de manía pacífica de abandonar su casa, sus

ocupaciones y sus intereses por correr en pos de extrañas aventuras, de muy inciertos resultados.

Pero donde más se deja sentir la influencia de la enajenación mental del hidalgo manchego es en los jóvenes y opulentos duques, que invierten considerables sumas en preparar las farsas é invenciones con que intentan persuadir á su huesped que es tal caballero andante como se figura, á fin de divertirse á costa suya. Y aun en las personas menos importantes de la fábula se refleja algo de la influencia mencionada, como sucede á la respetable Doña Rodriguez, que juzgando á D. Quijote desfacedor de agravios y amparador de doncellas ultrajadas, le pide castigue al seductor de su hija, retándole á singular combate en que decida el juicio de Dios.

¿Y qué diremos del lacayo Tosilos, que está dispuesto á entrar en la liza por orden de sus señores en sustitución del verdadero retado? El mentecato, tocado también de su tanto de locura ambiciosa, creyendo que la causa del combate es su negativa á casarse con la jóven que asiste al palenque, y que no le parece mal, aunque nunca había pensado en élla, ofrece darle su mano para terminar el ruidoso y desagradable incidente, el cual concluye con poco gusto de los duques, que hubieran deseado llevar á cabo la broma para su mayor recreo.

Cito estos cuantos ejemplos que me han venido á la imaginación y que creo bastan para muestra; pues si fuéramos á hacer detenido exámen de los diversos tipos que resaltan en la obra, tal vez se escribiría otro libro tan voluminoso como el examinado.

Y ahora, añadiendo mi humilde opinión á la de personas de reconocida competencia, que juzgan á Cervantes médico alienista, siquiera sea inconsciente, diré que el inmortal novelista abrió, tal vez sin pensarlo ni quererlo, un nuevo medio de cultivar el extenso campo del estudio de las perturbaciones mentales.

No comprendo por qué los sábios filósofos y los profundos pensadores, en especial los alemanes, que tanto se han ocupado en los estudios metafísicos é ideologos sobre el origen ignoto, la naturaleza, extensión, alcance y manifestaciones del espiritualismo humano, no han concebido en la lectura —que en tanto aprecio tienen— de la historia burlesca de la Humanidad presentada por Cervantes, la idea de ocuparse en un trabajo sério, metódico y razonado que pudiera ser de muy trascendentales consecuencias.

No faltan datos y ejemplos claros y convincentes en la Historia

de los tiempos antiguos, medios, modernos y contemporáneos para formar un detenido estudio psicológico patológico, que bien pudiera titularse *La demencia en la Humanidad*.

Del profundo y detenido exámen de los sucesos ocurridos en el mundo; de la formacion de las sociedades y de los Imperios; de la desaparición de unos pueblos, de la fusion y absorción de otros; de los trastornos políticos y revoluciones que han producido y producen notables cambios en las formas de Gobierno, en la erección de los partidos y banderías que siempre han existido con diversos nombres y variados aspectos, aunque con idénticos fines y objetos; del contínuo cambio de usos y costumbres públicas y aun privadas y domésticas, podría llegarse á deducir que esas formas de Gobierno, esa multitud de leyes, hoy en uso, mañana derogadas, olvidadas y sustituidas; esos sistemas filosóficos, científicos y religiosos; esa variación de opiniones contrarias y jamás conformes, de todos géneros y materias; esas sangrientas guerras y revoluciones; esas turbas fanatizadas á las que entusiasma la voz de un delirante tribuno, y hasta los mismos juegos y diversiones creados para distracción del ánimo, todo es producto de imaginaciones exaltadas, de pasiones violentas y deseos formulados en cerebros que no se hallan en completo estado fisiológico, y que logran y han logrado siempre, con sus apariencias de lucidez, seducir á las masas ignorantes é inconscientes, que en todo tiempo y lugar han constituido la casi totalidad del género humano y que aceptan con júbilo y toman por verdades lo que halaga sus instintos, su vanidad y su fanatismo.

Es mi opinión, aunque tal vez parezca aventurada, que así como en el organismo físico se encuentra el gérmen de todas las enfermedades, las cuales aparecen y se desarrollan en casos y por causas determinadas, existe también en todo cerebro humano el gérmen de la locura, que no deja de hacer más ó menos notablemente alguna manifestación de vez en cuando, aun por parte de individuos que aparecen estar en el completo dominio de sus facultades intelectuales y de esa admirable potencia que se llama *razon*, y que es también una propiedad del alma, por mas que los teólogos moralistas no hagan noción expresa de élla. Pero esas manifestaciones de los cerebros enfermos, aunque muchas veces causen perjuicios por la influencia contagiosa que suelen ejercer, interin aparecen tranquilas y pacíficas no reciben el calificativo de locura; y solamente se les considera como tal, cuando la exacerbacion de

pasiones violentas y comprimidas, de deseos concebidos y no satisfechos, y de planes bien pensados y mal cumplidos, llevan al individuo á caer en la hipocondria ó la estupidez, ó le conducen á la manía, á la extravagancia y al frenesí.

. . . .

Mucho pudiera extenderme tratando de esta importante materia, si lo consintiesen los estrechos límites del presente trabajo; pero juzgo que lo dicho es suficiente para rendir un pequeño tributo de admiración al gran escritor, orgullo de España, y para indicar á mis ilustrados compañeros y á las personas competentes en el estudio de los delirios y aberraciones de la Humanidad, el partido que puede sacarse, para bien de la misma, de los ejemplos que presenta un libro considerado por muchos como de mero entretenimiento.

Dr. Vega-Rey.

Madrid, Abril 1893.

Al Ateneo de Vitoria

Te saludo emocionado
por tu veneranda historia,
por que eres timbre de gloria
y eres el centro ilustrado
de mi patria, de Vitoria;
porque eres institución
muy digna de emulación
y porque tú representas
la ciencia y arte que ostentas
de tu antigua fundación.

Eres de ilustre abolengo
y de inmarcesible fama;
por tu mérito te aclama
la patria, de tiempo luengo
y aquí con mis versos vengo
á darte pleito homenaje
al centro, de artes linaje,
que por su sabiduría
ha hecho que la pátria mia
te rinda fiel vasallaje.

Tu ancianidad te acredita,
tu mérito te enaltece
y tu gloria, al par que crece,
con tu institución bendita,
hace que el eco repita
que tu eres la hereditaria,
por tu importancia palmaria,
de las artes y las ciencias;
y tremolas sin violencias
la bandera literaria.

Aún de tus "Juegos florales,,
el recuerdo no he perdido,
pues resuenan en mi oido
tus lecturas magistrales
y pruebas de lo que vales
las han dado muy sobradas
conferencias y veladas
que celebró ese Ateneo,
que se encuentra en su apogeo
con gentes tan ilustradas.

Con el sombrero en la mano
y haciendo una inclinacion,
cual muestra de admiracion,
y cual culto soberano,
te saluda un vitoriano
admirando á dos gigantes
que dieron pruebas brillantes
de su valer y su gloria:
¡Ateneo de Vitoria!
¡Gloria á Miguel de Cervantes!

ANGEL ALFARO.

Dicbre. '92.

Epístola

A Miguel de Cervantes Saavedra

¡Gran dia para tí! Vates y *ratas*
enristrando la péñola con brio
se aprestan á endilgarte sendas latas
de padre y señor mio!
¡Míralos ya de ripios bien repletos
para salir del literario atasco!
¡Buen chaparrón te espera! ¡Buen chubasco
de quintillas, romances y sonetos!
Unos mil apologistas
del elogio emplearán todos los tonos
y te dedicarán versos, revistas
y artículos con *monos!*
Y no habrá de faltarte un erudito
que tu nombre dejar quiera maltrecho
probando, en indigesto y sábio escrito
que nunca hiciste nada de provecho.
Y que tu obra inmortal, el gran *Quijote*
fué una comedia griega
ó un folletin de á medio real la entrega
que tradujiste tú despues á escote.
En las ilustraciones
te insertarán retratos á montones
todos distintos, mas diciendo todos
"*este es el verdadero*„
¡y alguno habrá que por diversos modos
te presente vestido de torero!
Banquetes en tu honor, habrá á porrillo
con *curdas* literarias
y se harán, con ayuda del vinillo
frases, á costa tuya, extraordinarias

demostrándote así palmariamente
lo mal que en vuestro tiempo os comprendían.
¡entonces, los talentos no comían!
¡hoy..... sucede lo mismo exactamente!
Y en tanto tú dirás —Pero ¿y el arte?
la forma literaria ¿dó se oculta?
¡Buscar el arte! ¡Bah! ¡Si ahora resulta
que no parece por ninguna parte!
Llamarás en tu ayuda á los santones
que con grave ademán de sábio arcade
te expresarán cien varias opiniones
para que elijas la que más te agrade.
Uno dirá que el arte es colorido,
otro — ¡Es la observación!
otro luego — ¡Es la justa relación
que existe entre lo ignoto y lo sentido!
—¡El arte está en la forma no en el fondo!
—¡Arte es la realidad!
—¡El arte es fantasía, vaguedad!
—¡Es saber pensar alto y sentir hondo!
Y otro tal vez, ilustre entre los menos
que escribe zarzuelitas á granel
dirá del arte: "No le conocemos
y estamos bien sin él„

. . . .

Sí, somos decadentes. Ya no hay fibra
la anemia cerebral nos anonada
si hoy viviera el cantor de la Iliada
versos hiciera á medio real la libra.
¿Quién rinde ya á los clásicos recuerdo
que el dictado de *cursi* no provoque?
¡Tan sábios somos hoy, que hasta el más lerdo
es doctor, cuando ménos, *in utroque!*
Góngora, Lope, Calderón..... ¡Poesía
pasada ya de moda! ¡La olvidamos
y ahora del Rhin á las orillas vamos
tan sólo por beber filosofía!
Lo exótico es aquí lo que ahora impera:
pensamos en inglés, francès ó ruso
y si analizas hoy la lengua al uso

dudas si es castellana ó extranjera!
pues del extranjerismo la avalancha
produjo en nuestro idioma tales daños
que solo por gustarle á los extraños
nos gusta tu *Quijote de la Mancha!*

. . . .

La pluma dejo ya. Fuera cansarte
y no quiero ponerte en este caso:
dá un beso á Galatea de mi parte
y que te vaya bien por el Parnaso.
Ah! Dispensa mi poético arrechucho
y no mires las faltas de esta plática
porque ahora es de buen tono y viste mucho
profesar santo horror á la gramática!

M. Chalons.

Abril 20. 93.

Al inmortal Miguel de Cervantes Saavedra

Empresa colosal, vana, ilusoria
fuera para el humano entendimiento
tu genio aquilatar, medir la gloria
que logró conquistarte tu talento:
pues la más clara y viva inteligencia,
el superior criterio, el más profundo,
destellos son no más, de la eminencia
de tu preclaro ingenio sin segundo.
Acatan y veneran las Naciones,
tu justa fama, tu inmortal renombre
y de la Tierra en todas las regiones
con respeto pronúnciase tu nombre:
de los «Ingenios Príncipe,» te llaman
y siendo tus escritos los mejores
ellos más justamente te proclaman
el «Fénix» de los sábios y escritores.
Así cual la pintada mariposa
que vuela juguetona por el prado,
al libar en el cáliz de la rosa
aspira su perfume delicado,
siempre hallará la sociedad humana
de tu inmortal «Quijote,» en los renglones,
bajo una forma sin rival galana,
doctas y sabrosísimas lecciones.
La noble España tuvo la fortuna
de que su cielo azul, que absorto admiro
sirviera de dosel, para la cuna
donde lanzastes el primer suspiro:
militaste despues como soldado
defendiendo su honor y sus pendones
y fama de valiente y esforzado
conquistaste en diversas ocasiones.
Vicisitudes mil, penas sin cuento
amargáron tu mísera existencia,
pero lo excepcional de tu talento

te colocó en el trono de la ciencia:
los hijos de Castilla, conocieron
aunque algo tarde, tu valer profundo
y cuando tus escritos se imprimieron
lleno de asombro prosternóse el mundo.
Como la luz tu excelso nombre, llena
el inmenso vacío del espacio
y del Sol en la fúlgida melena
escrito está con letras de topacio:
tus obras inmortales, sapientísimas,
los vivos resplandores oscurecen
de las estrellas puras y bellísimas
que en la celeste bóveda aparecen.
Al descender el Sol hácia el ocaso
y al través de sus últimos fulgores,
en las altas regiones del Parnaso
entre guirnaldas de pintadas flores,
descúbrese una llama refulgente
de intensísima luz, serena y clara
cuya llama es el Genio que en tu mente
la voluntad divina colocára.
De la Fama la trompa bulliciosa
con febril entusiasmo resonaba
mientras tu alma sencilla y generosa
á la mansión celeste caminaba
y al par que la campana funeraria
por tí doblaba en tono lastimero,
á los piés del Señor, dulce plegaria
dirigió contristado el orbe entero.
Envuelto en luto y duelo el pueblo hispano
por siempre vivirá sin tí, Cervantes
y en premio á tu talento sobrehumano
que produjo unas obras tan gigantes,
con letras de oro en su arrogante escudo
grabó tu nombre excelso, venerado
y de tu muerte el sentimiento mudo
conserva de su pecho en el sagrado.

ENRIQUE ALVERO.

Abril 21—93.

Al autor de "El Ingenioso Hidalgo„

El mundo esta orgulloso de tu gloria
y sin cesar y por doquier te aclama.
pues el mundo á las glorias siempre ama
y venera sus nombres en la historia.

Son tus escritos, de eternal memoria.
que fueron coronados por la fama
y el pecho recordándolos se inflama
bendiciendo el ingenio y su victoria.

Yo te bendigo con amor profundo
porque mi admiración bien se denote.
y de honores, al cantar, me inundo.
al que fué de escritores sacerdote
y cuya estatua la columbra el mundo
siendo su pedestal el "Don Quijote„

ANGEL ALFARO.

Madrid 15 Abril. 93.

DIÁLOGO CASERO

Habitación de Cervantes

—Mientras borda tu Isabel
y yo repaso este manto,
¿querrás contarnos, Miguel,
como fué el combate aquel
en el golfo de Lepanto?

—Catalina, aquella historia
que tanto á tí te interesa
y que sabes de memoria,
repetirla no me pesa
por ser recuerdo de gloria.

Postrado en mi camarote,
con fiebre intensa y tenaz,
no me dejaban en paz
la creación del Quijote
ni tu encantadora faz.

El dolor me atormentaba,
pero terco en concebir
algo que hiciera reir
ya que la gente lloraba
desde que empieza á vivir.

Asaltó á mi fantasía,
quizás en justa revancha
del llanto y de la alegría,
la orden de Caballería,
y un hidalgo de la Mancha;

Hacer un libro inmortal
que honra de mi pátria fuera,
que jamás haya otro igual
y que no tenga rival
en tierra alguna extranjera.

. . . .

. . . .

En esto mi pensamiento
cuerdo, loco, ó delirante
tan solo tenía atento,
cuando en el mismo momento
sentí un ruido horripilante.

Ordenes del Capitán.
Movimiento en la Marquesa. [1]
fuerzas que vienen y ván
y que gritan con afán
¡Muera la armada turquesa!

Armado y medio desnudo
salto del lecho impaciente.
Voy á morir..... no lo dudo
y hago de mi pecho escudo
y me coloco en el puente.

Trescientas Naves infieles
hácia nosotros venían,
y se aprestaban crueles
á prender nuestros bageles
con las fuerzas que tenían:

¡Viva el Rey! gritó D. Juan. [2]
¡Viva la española tierra!
Y D. Alvaro Bazán
al grito del Capitán,
el paso al turco le cierra.

1 Marquesa de Andrea Doria, galera donde militaba Cervantes
2 D. Juan de Austria.

Mi galera apresurada
embiste con fuerte brío.
Se vé del turco acosada.
mas lucha desesperada
y es mucho su poderío.

Entre los que iban cayendo
iba la nave avanzando
la mar con sangre tiñendo:
las balas siempre silbando
y las ballestas crujiendo.

—

Y ansiosos de terminar
ya tan sangrienta jornada.
y cansados de matar.
empezamos á asaltar
á nuestra enemiga armada.

Oigo gritos de victoria
y trasportes de alegría.
aquí..... es infiel mi memoria
y dejo para la historia
las hazañas de aquel dia.

Algo extraño vino luego
que recordar no he podido.
Inmenso desasosiego.
tempestad de sangre y fuego
y allí mi brazo perdido.

Y recuerdo con espanto
el brazo que allá perdí;
¡pero si uno di á Lepanto
á España que quiero tanto
con otro el Quijote di!

CÉSAR CALLE.

Vitoria 24 Abril 1893.

Una duda

Hace días que en Madrid,
no cesan de barajar,
literatos, periodistas,
y eminencias, *soi dissant*
unos papeles que dicen
claros como la verdad,
que el gran prosista Cervantes
no ha nacido en Alcalá,
porque vió la luz primera
en Alcázar de San Juan.
Son muchos los eruditos
que desean aclarar
asunto tan importante,
y reposo no se dan
registrando viejas crónicas,
y de ciudad en ciudad,
aquí revuelven archivos,
allá á más de un sacristan
hacen sacar de las criptas
el registro parroquial,
sin que consigan al cabo
averiguar la verdad.
Los de Alcalá traen partidas
de gran autenticidad:
datos casi irrefutables
los de Alcázar de San Juan.
¿A quién creer en la duda?
¿Cómo se resolverá
este conflicto, entre pueblos
que disputándose están,
el haber nacido en éllos
el novelista sin par.

que cuantos más siglos pasan
más vé su nombre brillar?
Yo creo, mi Presidente,
que es muy fácil poner paz
á esta lucha, entre los sábios
de Alcázar, y de Alcalá.
Cervantes, nació en España,
esto ¿quién lo negará?
pues que haya sido en Tembleque,
ó haya sido en Ciudad-Real,
será gloria del país,
que siempre celebrará
al autor de D. Quijote,
la obra más original
entre las muchas escritas
desde que hay humanidad.
Así que debe aclamársele
como gloria nacional,
sin fijarse para éllo
si nació en tal cual lugar,
ni si le crió alcarreña,
ó pasiega montaraz.
Esta es mi humilde opinión:
V. la someterá,
á los doctos pareceres
de la culta sociedad
que dignamente preside,
dudas que resolverá,
hoy que de nuevo á Cervantes
trata de glorificar,
y ha de estar interesada
en cuanto pueda afectar,
á la gloria inmarcesible
del que supo pelear
en Lepanto, y dar un brazo
por vencer al musulman.
No pensar donde nació,
y discurrir como honrar
su nombre; este es el camino
que creo debe llevar,

el Ateneo Alavés.
á quien quiero saludar
y darle rendidas gracias
porque se dignó nombrar
á este médico, su socio
honorario, gracia tal.
que no sé como estimarla.
ya que no podré expresar
la gratitud que sentí
al recibir tal bondad.
Salude V. á los socios
y aunque lejos he de estar
la noche que se celebre
esa fiesta excepcional.
les acompaño en espíritu.
y acudiré á coronar
con ustedes á Cervantes.
al escritor ejemplar.
al guerrero valeroso.
al prosista original.
á la envidia de extranjeros.
á la gloria nacional.

FERNANDO CALATRAVEÑO.

Madrid. Abril. 1893.

Á las Señoras y Señoritas

que asistieron á la velada, en honor del "Príncipe de los Ingenios," celebrada en la noche del 24 de Abril de 1893

Para honrar de Cervantes la memoria
siempre por nuestra patria venerada,
el ilustre "Ateneo de Vitoria"
acordó celebrar una velada,
para lo cual, la Junta Directiva
sin pérdida siquiera de un momento
se encargó de la parte ejecutiva
á fin de realizar el pensamiento.

Para cumplir su encargo dignamente,
uniendo á su aptitud siempre valiosa,
de los Socios del tal centro docente
la ayuda imprescindible y poderosa,
en brevísimo plazo ha conseguido
organizar la fiesta que hoy gozamos
y pues que su misión bien ha cumplido
es justo que nosotros aplaudamos.

Con noble celo, con afán laudable,
conmemorando aquel infausto dia,
esta festividad tan agradable
nos ofrece en el Templo de Thalía
y gracias á este acuerdo tan sensato
debe, tan escogida reunión,
estar cómodamente el breve rato
que dure esta amenísima función.

Pero como la noche encapotada
á quien falta el fulgor de las estrellas,
aparece negruzca y contristada
aumentando del alma las querellas,
pálida resultára esta velada
sin la brillante luz de vuestros ojos
los que con su dulcísima mirada
convierten en venturas, los enojos.

Pues no hay fiesta posible, ni contento
en donde no concurre el sexo bello

el cual, con la pureza de su aliento
y el perfume que exhala su cabello,
embriagando de aromas el ambiente
y prestando á la luz nuevos colores
hace, que se desliceen dulcemente
las horas, sin pensar en los dolores.
El magestuoso Sol, cuyos fulgores
iluminan la expléndida natura
aumentando el encanto de las flores
y el brillo de su cándida hermosura,
ante la vuestra, ¡imágen de los cielos!
la cual todo lo anima y embellece,
se siente dominado por los celos
y su luz refulgente palidece.
No es extraño por tanto, que mi pecho
al sentir vuestra célica mirada,
palpite entusiasmado, satisfecho
y lleno de emoción inusitada:
pués si al "Rey de la luz„ profundos celos
causan vuestras bellezas ideales
¿qué no le causarán, ¡divinos cielos!
al último mortal de los mortales?
No puedo continuar, de vuestros ojos
al contemplar la luz expléndorosa,
embargada de celos y de enojos
alejóse mi musa presurosa
y en lo más escondido del Parnaso
llorará sin cesar amargamente
viendo que su hermosura es Sol de ocaso
en tanto que la vuestra es Sol naciente.
Perdonadme el haberos molestado
con mis mal perjeñadas concepciones,
el alma y no la mente, me ha dictado
todo cuanto se encierra en sus renglones:
termino por lo tanto amigas mias
diciéndoos que mi anhelo solo es
que mis más inspiradas poesías
puedan servir de alfombra á vuestros piés.

Enrique Alvero.

Abril 24 del 95.

Los genios

Son los genios lo mismo que esos soles
hermosos, gigantescos, centelleantes,
que fijos en un punto del espacio
por todas partes su fulgor esparcen.
Los soles, que deslumbran y fascinan,
de calor y de luz son manantiales
y ejercen en la tierra con sus rayos
influjo misterioso é incontrastable;
merced á su influencia bienhechora,
á su inmenso poder vivificante
de la semilla avívanse los gérmenes,
los capullos de flores se entreabren,
despiertan las latentes energías,
las sombras de la noche se deshacen
y con la viva luz que éllos irradian
podemos admirar á cada instante,
del mundo las inmensas maravillas,
del cielo los arcanos insondables.
Ocurre á veces que las densas nubes
que flotan de contínuo por el aire,
entre éllos y la tierra se interponen,
obscurecen su brillo fulgurante
y oponen con sus brumas á los rayos
opaco valladar infranqueable.
Mas esto dura poco. El fuego inmenso
que por todos los ámbitos esparcen,
á las brumas obliga á disolverse,
á las nubes obliga á disiparse,
y el astro vuelve, tras ligero eclipse,
á mandarnos sus rayos titilantes
y á mostrarnos su disco esplendoroso
cercado de aureola deslumbrante.

*
* *

Lo mismo son los genios. Grandes soles
que vagan por la esfera de lo inmenso,
logrando con su vasta inteligencia
descubrir los arcanos del misterio.
Sentimos que al calor de las ideas
que brotan de continuo en su cerebro,
á diario surjen nuevas creaciones,
maravillas, diabólicos inventos
capaces de alterar á cada paso
la vida de los hombres y los pueblos.
La viva luz que su talento irradia
en forma de asombrosos pensamientos,
al llegar á nosotros nos deslumbra
nos causa admiración, y sus destellos
permiten que crucemos sin peligro
de aqueste mundo el laberinto inmenso.
Por éllos con frecuencia en realidades
se transforman utópicos proyectos;
por éllos, nuestra pobre inteligencia
descorre de la duda el denso velo,
podemos extasiarnos contemplando
las maravillas mil del Universo,
comprender el porqué de muchas cosas
y arrancar á la tierra sus secretos,
pues la fuerza del genio es la que mueve
la máquina gigante del progreso.
Y aunque á veces la envidia ó el desvío
obscurecer pretenden el talento,
jamás consiguen realizar del todo
su absurdo y maquiavélico proyecto,
pues son vencidos por los fuertes rayos
que brotan de la frente de los genios,
como vence á las nubes y á las sombras
del Sol brillante el luminoso fuego.

* * *

Hablemos de Cervantes, pues ya es hora
que á su genio rindamos homenaje.
Y Cervantes ¿quién fué? ¡Buena pregunta!
A cualquier ser humano preguntadle.

y vereis como al punto os contesta:
—"¿Por qué me lo preguntas?... ¿Qué, no sabes
que fué Cervantes el autor del libro
que en el mundo se ha escrito más notable?..
Es autor del *Quijote*: esa novela
sublime arrobadora, hipnotizante
que debiera esculpirse en placas de oro
para que en ella aprendan las edades
á leer las graciosas aventuras
de aquél famoso caballero andante.
Cervantes sufrió mucho. Casi siempre
al genio le atormentan los pesares,
casi siempre en la lucha por la vida
arrostra lo más rudo del combate.
Vivió desamparado; murió pobre
y ¡sarcasmo terrible é irritante!
el genio cuyo nombre hoy perpetúan
en el mundo los bronces y los mármoles,
¡estaba sin comer cuando acababa
del *Quijote* las páginas brillantes!

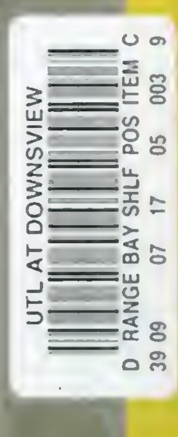


¿Que Cervantes murió?...¡Vana quimera!
Los hombres como él son inmortales:
podrá la muerte destruir su cuerpo,
pero quedan sus obras, en las cuales
percíbese á través de cada página,
de sus almas el ímpetu gigante.
Por eso, de Cervantes en la tierra
subsistirá recuerdo perdurable,
pues lo mismo que surje el Ave Fénix
de enmedio de sus restos humeantes,
al dar al aire el postrimer suspiro
¡entonces fué cuando nació Cervantes!

BENITO E. ALCALDE.

Logroño, Abril, 93.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 07 17 05 003 9